

—Vamos, señor amo—dijo el indio levantándose de donde estaba sentado:—si es para ver al padre Enrique, no hay *oservacion* que hacer: voy á llevar á su merced: es un *padrecito á quien* debemos mucho todos los *naturales*.

En la fisonomía del jóven brilló la alegría.

—¡Ah!... gracias, gracias:—exclamó:—corramos, pues, ya que vd. se digna conducirme.

—Vamos, señor amo.

Y el indio, diciendo á su interlocutor que le siguiera, se dirigió por en medio del gentío al embarcadero; desató una canoa que estaba amarrada al tronco de un árbol, entró en ella con el jóven, y poco despues remaba con indecible brío con direccion á Caluacan.

Pero en tanto que el uno profundamente abismado en sus meditaciones y el otro remando con ahineo, se dirijen á ver al padre Enrique, escuchando á lo lejos el rumor de a fiesta, penetremos al sitio en que aquel digno sacerdote se encontraba en ese mismo momento.

## CAPITULO XV.

El padre Enrique.

Estamos en una pieza sencilla, donde no se veia ninguno de esos muebles y adornos que el hombre ha inventado para ostentar un lujo deslumbrador, que halaga los sentidos y proporciona al cuerpo los regalos que le quitan su actividad y su fuerza, que le debilitan y le enervan.

En la pieza que nos ocupa, solo se veia una mesa de cedro, encima de la cual se descubria un Santo Cristo en el momento augusto de espirar: escultura, si no de gran mérito, de buenas proporciones, que despertaba en el alma sentimientos cristianos

y piadosos; un breviario de pasta de cuero, con broches de laton, y una Biblia: en un rincon del cuarto se hallaba una humilde tarima de pino blanco, sin colchon ni sábanas, que ostentaba por almohada un grueso tronco de roble. A la cabecera de este duro lecho, y colgado en la pared, se descubrian otro Santo Cristo y una pilita de tosco barro, llena de agua bendita: junto á la mesa, pero en uno de sus costados, estaba un sillón de nogal, de brazos, con respaldo de baqueta y asiento de lo mismo, que indicaba su antigüedad y la modestia del que mandó hacerlo.

En esta pieza no se veia ni cielo raso en el techo, ni alfombra en su pavimento.

En sus blancas paredes, en vez de lujosos cuadros, solo se descubrian algunas estampas, representando las imágenes de algunos santos.

En este humilde cuarto, que representaba la negacion de todos los goces materiales, se veia de rodillas junto á la mesa, y fijos sus ojos en el Santo Cristo, un modesto sacerdote, en cuyo apacible semblante

se retrataban la piedad y la ardiente fe cristiana.

Su edad seria como de 44 años: esbelto su cuerpo; hermoso y varonil su rostro, y arrogante su figura.

En sus hermosos ojos, sombreados por largas y sedosas pestañas, brillaba la luz de la inteligencia, á la vez que la mansedumbre y la caridad. En su espaciosa frente se leia el fondo de una alma angelical, y en su poética cabeza, velada por suave y finísimo cabello, el talento y la dignidad.

Bajo el modesto traje del sacerdote, se adivinaba un cuerpo esbelto y lleno de gracia, que hubiera envidiado el mas elegante jóven. Pero aquellas gracias naturales con que le habia favorecido el cielo, no lisonjeaban su alma, entregada toda entera á la devocion y al amor de Dios.

Ocupado su corazon con la idea de la Divinidad, y mirando el mundo como la cárcel en que gime el espíritu, su mente se elevaba en aquel instante hasta el trono del Señor, y sus labios se movian pronunciando estas palabras del libro de los Salmos.

“Ponme por ley, Señor, el camino de tus justificaciones, y lo inquiriré siempre.”

“Dame entendimiento, y escudriñaré tu ley, y la guardaré de todo mi corazón.”

“Guíame á la senda de tus mandamientos, porque esa quise.”

“Inclina mi corazón á tus testimonios, y no á la avaricia.”

“Aparta mis ojos, que no vean la vanidad; en tu camino dame vida.”

“Haz firme en tu siervo tu palabra, mediante tu temor.”

“Corta el oprobio mio que he sospechado, porque tus juicios son agradables.”

“Mira que yo he codiciado tus mandamientos: haz que yo viva en tu justicia.”

“Y venga sobre mí tu misericordia, Señor; tu salud segun tu palabra.”

Y al pronunciar esto sus ojos estaban fijos en el Crucificado, y sus lágrimas corrían en abundancia humedeciendo sus mejillas.

Así en religioso éxtasis permaneció un largo rato entregado todo á Dios y al cielo.

De repente su frente su nubló como asaltado por una idea funesta.

En su semblante se operó un cambio terrible, y en su mirada se pintó el espanto y el terror.

Parecia querer alejar de sí algun horrible pensamiento que pretendia introducirse en su corazón.

Entonces volvió de nuevo á Dios los ojos y exclamó con el Salmo XXXI:

“En tí, Señor, esperé: no quede yo jamás confuso: líbrame por tu justicia.”

“Inclina tu oído á mí: apresúrate á librame. Sé para mí un Dios protector, y una casa de refugio, para que me hagas salvo.”

“Porque tú eres mi fortaleza, y mi refugio: y por causa de tu nombre me guiarás, y me sustentarás.”

“Me sacarás de este lazo que han escondido para mí: porque tú eres mi protector.”

“En tus manos encomiendo mi espíritu: tú me has redimido, Señor, Dios de la verdad.”

“Aborreces á los que observan vanidades inútilmente. Mas yo en el Señor esperé.”

“Me regocijaré y alegraré en tu misericordia. Porque miraste mi abatimiento, salvaste de angustias á mi alma.”

“Y no me encerraste en las manos del enemigo: pusiste en lugar ancho mis piés.”

“Ten misericordia de mí, Señor, que estoy atribulado: conturbado está con el pensar mi ojo, mi alma.”

Unos golpes dados á la puerta de la pieza vino á interrumpir aquella oracion.

Poco despues se escuchó la voz de un hombre que decia desde afuera.

—Padre, D. Enrique, buenos dias; ¿se puede entrar?

El sacerdote se levantó del suelo, se enjugó las lágrimas, y serenándose cuanto le fué posible, contestó:

—Adelante.

La puerta se abrió entonces dando entrada á un hombre que vestia el trage de la gente del campo, llamada *ranchera*.

Rica botonadura de plata adornaba sus lujosas calzoneras de paño azul celeste, que

estaban sostenidas por un precioso ceñidor de seda carmesí, bordado de colores: una chaqueta con alamares de plata, que llevaba sin abrochar, dejaba ver un chaleco de seda claro, con flores verdes y encarnadas, y una camisa finísima y muy bordada, en cuya pechera se ostentaba un fino y grande alfiler, con una rica piedra, pero tosco y charro. Sobre sus hombros llevaba una lujosa *manga* (1) morada, con *dragona* bordada de oro, y orlada toda aquella con un ancho galon del mismo metal.

Al entrar se quitó el sombrero, de inmensas alas, cubiertas de ancha cinta de oro, y acercándose con profundo respeto al sacerdote, le besó la mano.

—¿Qué tal se ha descansado, Pablo?

—*Perfeitamente*, padrecito.

—Me alegro.

—Como no tengo que discurrir como el rey *Salmon*, ni me inquietan los cuidados que á *D. Sopas*, como decia mi antiguo amo *D. Miguel*.

—Diria *Salomon* y *D. Opas*.

(1) Ya al principio hicimos la descripción de este trage.

—Pues *ansina* lo dije.

—Muy bien.

—Y, por fin, ¿qué ha resuelto su merced, padrecito? ¿Se va su merced á Texcoco conmigo, para bendecir la capillita de mi *ranchito*? Ya sabe su merced que solo he venido con ese *oijeto*, y que al no encontrarle á su merced en México, y saber que se *jayaba* su merced aquí, porque le habian llamado para arreglar á dos que se están *pejiando* por un ranchito, en que le han escogido á su merced de *álbitro*, me he venido, como le dije á su merced anoche, á rogarle que se vaya á bendecir mi capilla.

—Si fuese solo para bendecir la capilla, iría con mucho gusto; pero como allí se encuentra Miguel con....

—*Mas mejor* para su merced, porque de paso verá su merced á su antiguo amigo y á su esposa María, que le esperan con impaciencia.

—¡No, no....! ¡imposible! Ya te he dicho, Pablo, que yo no debo ver á María.

Dijo el sacerdote estremeciéndose al pronunciar aquel nombre.

—¿Se mostrará su merced *polinario*, cuando solo han venido de Guadalajara por ver á su merced?

—¡Oh....! yo les agradezco mucho.... pero no; ¡no puede ser....!

—¿Y cómo me *güelvo* sin su merced, padrecito? Dirán que no he formado empeño; y Dios sabe que por servir á mi antiguo amo D. Miguel, daría la vida.

—Pues en lo que pides es imposible que le sirvas.

—Pero ¿por qué, padrecito? ¿No iba su merced con frecuencia á verle cuando era su merced *melitar*?

—Sí, Pablo: cuando yo era militar no habia hecho sagrados votos, que hoy me veo obligado á cumplir.

—Pero yo creo que por ir á ver á una familia á quien apreciamos, y nos aprecia, no se falta á los deberes con Dios.

—Cierto que no, Pablo. Un sacerdote puede muy bien visitar á sus amigos, y ser un fiel ministro del Señor: no excluye una cosa á la otra.

—Pues entonces....

—Pero en mi resolucion, Pablo, existe otro motivo.

—¿Cuál?

—Un motivo que jamás deben ya pronunciar mis labios para no despertar recuerdos que deben estar muertos para siempre en mi memoria.

—¿Es el que su merced, cuando aun no se habia consagrado al servicio de Dios, cuando podia disponer de su corazon y era libre como lo era la señorita María....

—Silencio, Pablo.... silencio.

—Pero....

—No evoquemos recuerdos de otros tiempos que pasaron para siempre. Vete á divertir. ¿No oyes el ruido de los cohetes y el repique de las campanas, que celebran la fiesta de hoy....? Anda; ve á gozar de la animacion que reina en el pueblo: ve, y déjame por un instante solo. He sido llamado para servir de árbitro en las diferencias de dos antiguos amigos, sobre los lindes de un rancho, y tengo que meditar la manera de avenirlos.

—Pero ¿me promete su merced, padre-cito, ir conmigo á Texcoco?

—Veremos, veremos; por ahora ve á disfrutar de la fansion que se celebra en la iglesia.

Y Pablo salió de la estancia, y el virtuoso sacerdote, volviendo á caer de rodillas, pronunció con fervor estas palabras del salmista, dirijiendo sus ojos al Salvador.

“¿Cuán amables son tus tabernáculos, Señor de los poderíos!”

“Mi alma codicia, y desfallece por los átrios del Señor. Mi corazon y mi carne se regocijaron en el Dios vivo.”

“Pues el pájaro halló casa para sí en donde poner sus pollos. Tus altares, Señor de los poderíos, Rey mio, y Dios mio.”

“Bienaventurados, Señor, los que moran en tu casa: por los siglos de los siglos te alabarán.”

“Bienaventurado el varon cuyo socorro es de tí; dispuso subidas en su corazon.”

“Señor, Dios de los poderíos, oye mi oracion: escúchalas, Dios de Jacob.”

“Dios protector nuestro, míranos, y vuelve á mirar el rostro de Cristo.”

“Porque mejor es un dia en tus átrios, que millares. Escogí estar abatido en la casa de mi Dios, antes que morar en las tiendas de los pecadores.”

“Porque Dios ama la misericordia y la verdad: el Señor dará la gracia, y la gloria.”

“No privará de bienes á aquellos, que andan en inocencia: Señor de los poderíos, bien aventurado el hombre que espera en tí.”

Y se quedó en profundo recogimiento.

Despues de algunos momentos de meditacion se levantó: estuvo quieto un instante; y luego, colocando los brazos hácia atras, y agarrando con la mano derecha la muñeca de la izquierda, se puso á pasear á cortos y mesurados pasos por la pieza, teniendo siempre fija la vista en el suelo.

—¡Pobre Miguell!...—exclamó poco despues enternecido:— Ha hecho este largo viaje solo por ver á su leal, á su antiguo, á su único amigo, y éste, lejos de correr á su eneuentro, se dispone á desgarrar su corazon, negándose á verle!.... ¡Ah!.... me

tendrá por un ingrato!.... Pero no, no lo soy.... La ingratitud es un defecto que nunca ha tenido entrada en mi corazon.... Le quiero como le queria cuando nos comunicábamos nuestros goces y nuestras penas.... cuando unidos íntimamente por los lazos mas fuertes de la mas sincera amistad, recorríamos juntos las calles y los paseos de la hermosa capital. ¡Ah!.... ¿Por qué no viene solo?.... Entonces yo volaria á sus brazos sin detenerme un solo instante.... Pero le acompaña Ma....

Y cual si el nombre que habian empezado á formular sus labios encerrase alguna idea funesta y dolorosa, se detuvo espantado sin atreverse á terminarlo.

¿Por qué?

Lo diremos en breves palabras.

El padre Enrique habia sido militar.

Durante esa época sintió cautivado su corazon por una jóven que reunia á una hermosura incomparable, todas las virtudes.

La jóven, aunque le distinguia con su amistad, amaba á otro, y fué bastante sincera para confesárselo.

El hombre á quien María amaba, se llamaba Miguel, era primo de ella é íntimo amigo de Enrique.

Dotado éste de un corazón noble y generoso, lejos de tratar de disputar á su amigo el codiciado cariño de María, reprimió su amor dentro de su pecho, y siguió consagrándola en silencio una pasión que alimentaba la esperanza, pero sin volverla á importunarla con palabras amorosas.

Así continuó por algun tiempo alimentado con la lisonjera idea de que tal vez podría presentarse alguna causa que le hiciese dueño de aquella celestial mujer á quien idolatraba, hasta que, viéndola unirse á Miguel con el indisoluble lazo del matrimonio, se alejó de los felices esposos, y buscó en el ruido de los combates el remedio á sus penas.

Algun tiempo vivió así, visitando de vez en cuando al venturoso matrimonio que residía en una bella hacienda próxima á Guadalupe; pero convencido al último de que solo obligaciones muy sagradas podrían hacerle olvidar una memoria que dominaba

toda su existencia, tomó la firme resolución de separarse del mundo, y de consagrarse á Dios.

Realizado su pensamiento, y obligado por su ministerio á permanecer en México, jamás volvió á ver á su amigo ni á la esposa de éste; y entregado á una vida austera y ejemplar, rompió todos los lazos que en un tiempo le atáran al mundo para contraer indisolubles con Dios.

Enrique, así como había sido en el siglo, modelo de militares modestos, honrados y pundonorosos, fué despues modelo tambien de dignos ministros del Señor.

La oración, la caridad, todas las obras, en fin, que enaltecen al hombre y le acercan á su Salvador, eran practicadas constantemente por Enrique.

Y cuando alguna vez la débil naturaleza le traía á la memoria algun recuerdo de otra edad, su corazón se asustaba, y su mente lo rechazaba al instante como indigno y perjudicial.

He aquí el motivo por el cual resistía á la invitación de Pablo para ir á visitar á su

antiguo amigo, y la causa de no haber querido acabar de pronunciar el nombre de María.

Pero dejémosle en su estancia entregado á sus reflexiones, y volvamos la vista hácia la canoa en que dejamos á nuestro meditando jóven.

—Ya estamos *próximamente*, señor amo.—Dijo el indio remero dirijiéndose al individuo que conducia en su canoa, y que no habia pronunciado una sola palabra en la travesía.—Y parece que ha venido mucha gente á la funcion.

La persona á quien iban dirijidas estas palabras ni siquiera pareció oirlas.

Con la cabeza caída sobre el pecho y cruzado de brazos en la popa de la canoa, parecia un sér indiferente al mundo y viviendo solo para meditar.

Poco despues la canoa llegaba al embarcadero de Culucan.

El golpe dado por la ligera embarcacion al chocar con las otras canoas, le sacó de sus reflexiones, y le hizo ver que habia llegado al pueblo.

—Ya está su merced servido.

Le dijo el indio dejando de remar.

—Gracias, amigo:—contestó el jóven saltando á tierra y poniéndole una moneda en la mano:—Puede vd. irse cuando guste.

—¿No le espero á su merced?

—No; me quedo.

—Está bien, señor amo.

—Una palabra: ¿cree vd. que el padre Enrique esté en la casa en que suele hospedarse?

—No, señor amo: me parece que ahora estará en la funcion de iglesia.

—Está muy bien: adios.

—Adios, señor amo.

Y el jóven se dirijió hácia el templo.

Las calles de Culucan estaban adornadas de millares de arcos de flores colocados de trecho en trecho, embalsamando con su aroma la templada atmósfera.

Las chozas de los indios, cubiertas tambien de flores y de verde enramada, revelaban el regocijo de la poblacion entera, visitada en aquel instante por millares de